

SECCIÓN DOCTRINAL

CONSIDERACIONES SOBRE EL ARMA DE CABALLERIA

(2.^a SERIE)

III

Siguiendo el plan que nos hemos trazado en esta segunda parte, procede que, antes de marcar las líneas generales que han de servirnos de base para proyectar, si es posible, un sistema general de exploraciones que responda á las necesidades de la guerra moderna, discurremos un poco sobre los medios materiales de que dispondríamos, en el caso de que nuestra fortuna fuera tanta que las ideas emitidas se aceptaran, al menos en una pequeña parte. De otro modo, podría decirse edificábamos sobre arena, firmemente persuadidos de que no había de llegar el edificio á su coronación.

Empezar hablando de la organización de las fuerzas de Caballería que operan á vanguardia de un ejército con toda la independencia necesaria, sin saber si nosotros podemos aspirar á ver algún día (aunque sea en reducida escala) un cuerpo de esta clase, ni tiene novedad ninguna, pues se han escrito gruesos volúmenes sobre el particular, ni conduciría á otra cosa que á entristecernos considerando qué reducida queda la misión del que se limita á detallar sistemas de combate para un país en que nunca va á presentarse en línea un ejército con las condiciones de tal, sino grupos sueltos de soldados mal armados y peor atendidos, que se batan detrás de las peñas ó utilizando las quebradas de un terreno, si reúne condiciones eminentemente defensivas, no sólo para tropas regulares, sino para las bandas de paisanos, cuando, animados de espíritu patrio, se lanzan á disputar palmo á palmo la posesión de sus hogares. También sobre esto se escribe, y no desconocemos que tendrá su mérito sentar principios, reglamentando lo que nació en todos tiempos de un modo espontáneo; pues entre lo que la Historia refiere acerca de este género de operaciones, hay cosas muy dignas de estudio, que no desdeñarían haber conocido y practicado los capitanes maestros en la gran guerra; pero ahora no vamos á ocuparnos en esto, sino en el combate de la Caballería en las *guerras regulares*, cuando sea llamada á prestar los servicios de protección que las demás armas la reclaman.

No desconocemos que se han hecho varias tentativas para organizar el país militarmente, en forma que presente una división territorial como base de la creación de cuerpos de ejército localizados en regiones determinadas, después de un estudio concienzudo de las defensas naturales del territorio, ya que las fortificaciones de otros tiempos apenas si merecen hoy colocarse á la altura de las fortalezas de la Edad Media. No faltaron alientos á los que escribieron sobre estos proyectos en la época de la República, cuando tantas complicaciones nos amenazaban y no pocos augurios tristes vinieron á realizarse; pero en lo que ha quedado escrito de aquellos tiempos (cuando parece estaba el espíritu de la reforma encarnado en la generalidad de los que se lanzaban á ex-

poner sus ideas) se nota un *prejuicio* que nosotros nos empeñamos hoy en combatir, porque sin llegar á conseguirlo, es imposible que continuemos la ardua é inútil tarea de querer discurrir sobre organizaciones que se parezcan algo á las de otros ejércitos de Europa.

Parten todos los proyectistas, de que el Ejército, en nuestro país, tiene por objeto «asegurar la defensa del territorio contra un enemigo exterior; extender su influencia y su acción política, y ser la salvaguardia de la honra de la nación y de sus legítimos intereses»; y á nosotros nos parece que ese es el Ejército de todos los países, porque á nadie se le ha ocurrido decir, aunque lo piense, que se ponen las armas en mano de los ciudadanos para llevar la guerra á país extranjero y extender las conquistas hasta donde sueñe un ambicioso guerrero de oficio, que no se encuentre ligado por ningún género de relaciones con el país á quien arranca toda su población útil para conducirla á perecer en lejanas tierras, si sus proyectos encuentran resistencias imprevistas. Esto no lo dice nadie, sino que nace, como consecuencia más ó menos forzada, precisamente de ese deseo de mantener muy alta la honra nacional y ser la salvaguardia de los intereses que *se creen legítimos*. Luego todos los ejércitos del mundo tienen la misma misión; y aun los que pertenecen á naciones que mantienen su neutralidad por sistema, no podrán prescindir de ninguno de los elementos constitutivos de una buena organización, si en último término han de conservar dicha neutralidad, *con las armas en la mano*, contra un enemigo que no la reconoce ni respeta. He aquí por qué no se nos alcanza la razón en que se fundan los que proyectando (en el terreno de las teorías, pero queriendo dar á lo que escriben algún fundamento) se empeñan en que el Ejército español debe tener otra organización que el de las demás naciones, porque nuestro suelo nos *asegura la independencia*, y causa asombro ver cómo se marcan límites á los distritos militares en que han de radicar los cuerpos de ejército, tan fijos como si se tratara de las líneas continuas de un campo atrincherado, en el que las baterías se encuentran emplazadas con mutua protección y las fuerzas de todas armas tienen su radio perfectamente determinado. Si con el mapa á la vista seguimos esas líneas trazadas con perfecto conocimiento de los más pequeños afluentes y de las más insignificantes elevaciones de terreno, vemos con sorpresa que hay pasos difíciles, corrientes de agua que merecen el nombre de tales y desfiladeros que un ejército invasor, *ó que ya opera en el corazón del territorio*, no se atreverá á franquear *sin precauciones*; pero en cambio existen no pocas llanuras y un sinnúmero de divisorias, en las cuales hay que mirar con cuidado el curso de las aguas para convencerse que lo son. Aun los desfiladeros y los ríos grandes se pasan cuando no se vigilan y defienden bien, y para estos cometidos, así como para batirse y explorar á largas distancias en esos terrenos despoblados, hacen falta tropas que reúnan condiciones y sepan hacerlo *como las que va á presentar el enemigo*, si no se quiere que venga á quedar reducida la defensa al terreno de montañas, abandonando desde luego los centros importantes de población y las comarcas que pueden mantener la guerra con recursos propios. Si en el terreno estuviera siempre todo el secreto de la defensa del país, es inútil el proyectar fortificaciones de primer orden, ni campos atrincherados; descansenos confiadamente en que ningún Ejército del mundo se atreve con nuestros bravos montañeses, que, encerrados en las quebradas de las sierras, desafían á los cuerpos

regulares más aguerridos. Con esta ilusión no hacen falta cañones, ni murallas, ni caballería que salga al llano y nos avise la proximidad del enemigo; ni nadie que persiga, corte las comunicaciones, se apodere de los convoyes y complete la derrota de los que fueron rechazados en la montaña. Todo es innecesario para un país que defiende su integridad confiando únicamente en lo accidentado de *algunas comarcas*. Si á esto se agrega el que el arma de Caballería es muy cara y puede perderse en un solo día, si se arriesga de un modo imprudente ó con poco conocimiento de sus verdaderas facultades, se comprende que innovadores que se atrevían á discurrir sobre todo lo existente y á poner mano en las organizaciones seculares para dotar al país de un ejército nacional que responda á las necesidades de su defensa, renuncien desde luego á la formación de *grandes cuerpos de Caballería y Artillería, tan en uso en Rusia y en Prusia, tanto por la naturaleza del suelo que constituye nuestro país, como por el efectivo que de esas armas tenemos*. Si el propósito era no crear cuerpos nuevos, cuando se procuraba basar toda la organización en una economía bien entendida, nos explicamos la resistencia manifestada al no seguir, por espíritu de imitación, las ideas de otros países; pero el justificar la medida, creyéndola muy acertada, por carecer nuestro país de terreno donde pueda operar Caballería en grandes masas, y también porque no tenemos suficiente número de regimientos, trae á nuestra mente la idea de si los ejércitos invasores vendrán con Caballería, para recorrer y dominar en cuatro días las llanuras dilatadas de las Castillas y otros muchos valles extensos en que los obstáculos no abundan; los canales, cercas, etc., tampoco entorpecen la marcha de los escuadrones, y los recursos son tan á propósito para mantener miles de caballos, que apenas si se puede encontrar comarca alguna con mejores condiciones. Si el enemigo tiene Caballería y la emplea á vanguardia de su ejército, ¿es innecesaria la nuestra, aunque no presente tan grandes masas, siquiera para saber por dónde se aparece é intentar alguna vez salirle al encuentro, cortarle una comunicación ó apoderarse de un convoy? Tenemos á veces la costumbre de no llamar á las cosas por su verdadero nombre, y de eso depende sin duda el no entendernos en la mayoría de los casos. Al decir *grandes masas* de Caballería, todo el mundo se asusta y comprende es muy justificado el deseo de no crearlas, porque debe costar mucho 20 ó 30.000 caballos, y si los tuviéramos para operar con independencia, además de la Caballería divisionaria (aunque no estorbarían en muchas comarcas), tendría que estar la Infantería y Artillería en la relación correspondiente. Pero *dos divisiones* de Caballería apenas si llegarán, en pie de guerra, á 5.000 caballos, y éstos, distribuidos en dos ejércitos, ni son un número que asombra á nadie, ni ofrece dificultades de ninguna clase su empleo y manutención, ni hemos de hacer grandes sacrificios para organizarles, *pues les tenemos organizados* sin desatender las divisiones de Infantería.

Cualquiera que sea el sistema de división territorial que se adopte, ya se tengan sólo en cuenta las condiciones estratégicas, ó ya, sin olvidar éstas, se atienda á conciliar las necesidades de la defensa contra una invasión extranjera con las propias del país organizado civilmente, siempre entendemos que no podrán considerarse más de siete distritos dentro de la Península, y en el supuesto de que cada uno le ocupe un cuerpo de ejército formado por dos ó tres divisiones de Infantería, según su importancia (divisiones de ocho batallones) hemos de conve-

nir en que queda distribuída toda la Infantería activa en 16 ó 17 divisiones. Pues bien; agregando un regimiento de Caballería á cada división, quedarán 11 para formar dos divisiones independientes, á las cuales pueden unirse las baterías á caballo organizadas ó en vías de organización. Resulta, pues, que sin aumentar un solo regimiento, y dando á los existentes una distribución completamente ajustada á los principios en que ha de informarse tarde ó temprano el organismo militar de la Península, tenemos dos divisiones de Caballería independientes que no merecen el nombre de *grandes masas*, pero que, sin serlo, están en relación con las fuerzas que vamos á poner en campaña, y prestarán servicios importantísimos, si se tiene cuidado de adiestrarlas en las maniobras propias, que son hasta ahora completamente desconocidas en España, y que en el curso de nuestro trabajo, hemos de probar no se encuentran ni tan reñidas con las aptitudes de nuestros oficiales y soldados, ni tan fuera del alcance de los mermados recursos de que dispone el ramo de Guerra. Lo que sí será preciso es crear costumbre de hacerlo, para que se imponga como una necesidad y se consigne en Presupuestos una cantidad para satisfacerla, como se consigna lo indispensable para los ejercicios de tiro al blanco, sin los cuales, las municiones destinadas á la campaña se utilizarían en muy corto número, y sobre desperdiciarse en cantidades inmensas, para poder alcanzar algún resultado, siendo éste muy escaso, causaría el natural desaliento en las tropas, que lo atribuirían á las malas condiciones del arma, cuando el defecto estaría en no haber aprendido bien, durante la paz, á manejarla.

Esto es una cuestión que nos parece completamente axiomática á todos los que vestimos uniforme; pero que no se presenta tan clara para el elemento civil, á quien sorprenden los gastos que á primera vista no patentizan un resultado inmediato.

Distribuídos todos los regimientos de Caballería en las divisiones, ó esparcidos en el país, para utilizar los pocos y malos cuarteles que existen, aunque se quiera entrar en una nueva vía de enseñanza (reuniéndoles por brigadas ó divisiones durante corto número de días), no podrá hacerse sin originar gastos de alguna consideración, por el aumento de raciones de pienso y por los pluses indispensables á toda tropa que abandona su residencia habitual. Todo esto sin contar con que las instrucciones así tienen que ser deficientes por falta de tiempo, y no pocas veces renunciar á ellas, si no da la casualidad de que se aprovechen precisamente los días del año en que las lluvias ó nieves lo permitan, trasladándose desde luego á las comarcas en que haya terrenos no sembrados y que reúnan condiciones para el objeto. Casi podría asegurarse que á los dos ó tres años de tentativas infructuosas, acompañadas de gastos no previstos, habría de renunciarse por completo á este género de ensayos, y continuarían los regimientos practicando aisladamente lo que les sea posible, según la localidad que ocupen y el servicio de guarnición á que se les obligue; pues, aunque parezca á primera vista extraño, no faltan regimientos que se fraccionan destacando escuadrones y aun secciones, que por su alejamiento de la Plana Mayor vienen á perder hasta la costumbre de oír la voz de su coronel ó capitán, que son los encargados de conducirles en el combate.

Las necesidades del alojamiento en cuarteles pequeños, que á duras penas logran conservarse, aunque sin reunir condiciones de ninguna clase y careciendo

casi siempre hasta de picadero, obligan á los capitanes generales á mantener este estado de situación enteramente reñido con todos los principios militares; pero nos forjamos la ilusión de que estas costumbres, por arraigadas que se encuentren, son fáciles de romper desde el momento que el país se persuade de que el Ejército no tiene por principal cometido mantener el orden en las poblaciones, sino prepararse constantemente para hallarse dispuesto á combatir á otro ejército extranjero que atente contra la integridad del territorio, y ser de este modo la salvaguardia de la honra de la Nación. El sofocar un movimiento insurreccional de una comarca es un accidente que, no por haberse repetido por desgracia en nuestra patria, deja de ser menos excepcional; y la ocupación precisa de los cuarteles, dentro de una población más ó menos levantisca, tampoco es una necesidad militar, como no fué nunca buen medio de combatir en una ciudad fraccionar la fuerza para ocuparla toda á la vez, sino acudir con energía y sucesivamente á los puntos principales, dominados los cuales, la lucha en los demás viene á ser cosa de poca importancia. Pero sea de ello lo que quiera, nadie nos negará que, hecha la distribución de regimientos de todas armas con arreglo á un plan *militar*, y adquirida la seguridad de que la permanencia en cada zona no obedece al capricho de los gobernantes ó á la influencia política de los *caciques*, las poblaciones construirían nuevos cuarteles y mejorarían los existentes.

El resultado de esto será que los alojamientos de tropas existirán donde tengan éstas su natural y militar residencia, y no irán buscando cuarteles adonde se encuentran construídos de tiempo inmemorial, aunque nunca de planta para las necesidades de cada instituto, sino como herencia de comunidades religiosas, que escogieron, para construir sus edificios, lugares que nada tienen que ver con las condiciones defensivas del país.

No decimos ciertamente ninguna novedad que desconozcan los militares españoles; pero sí pudiera haberla en el deseo que manifestamos hoy de que los cuerpos de Caballería tengan una preferencia marcada, cuando se piense en romper con las costumbres añejas, porque son los que necesitan imprescindiblemente encontrarse reunidos, si han de instruirse bien y maniobrar con las divisiones de Infantería en las épocas en que éstas se dediquen á enseñanzas de conjunto, que es cuando podrán ensayarse esas exploraciones y servicios avanzados de que tanto han menester las fuerzas que operan en las campañas modernas.

Como las divisiones de Infantería han de ocupar grandes centros únicos ó próximos, para que la reunión sea fácil en las épocas de maniobras, y como sólo nos permiten nuestros recursos que se agregue un regimiento de Caballería á cada una de ellas, claro está que la colocación de éste en cuartel á propósito no ha de presentar dificultades, si se tiene en cuenta que los futuros centros de los cuerpos de ejército están (con ligeras variaciones) acordados en la mente de quien se ocupa en serio de una división territorial que responda á algo. Ni por un momento abrigamos el temor de que Madrid, Barcelona, Valencia, Valladolid, Zaragoza, Lugo y Córdoba dejen de ofrecer colocación cómoda y conveniente para dos ó tres regimientos de Caballería, que serán los que correspondan al cuerpo de ejército; y si en alguna de ellas no hubiera en el día esta facilidad, de seguro se obtendría en breve tiempo. Lo que sí sería preciso es que á dichos regimientos no se les destacase ningún escuadrón, ni aun sección, ni se le dis-

trajera mas que en el servicio puramente indispensable; porque ya en otro lugar dijimos cómo por circunstancias de reclutamiento, de remonta y otras que no tienen fácil é inmediato remedio (aunque no sea imposible, ni mucho menos), salen los cuerpos al campo de maniobras con 240 caballos (y eso sólo en algunos meses del año), que á todas luces son insuficientes para los servicios que se les van á exigir cuando queden afectos á una división determinada.

Respecto á las divisiones de Caballería independientes, compuestas de cinco y seis regimientos, respectivamente, la cuestión ya varía de especie; pues como sus enseñanzas han de ser de otro género y la unión con las demás fuerzas no puede ni debe ser continua, limitándose á los casos en que, como ensayo (poco posible por lo costoso en nuestro país), se movilice un cuerpo de ejército, no hay una necesidad de que ocupen los grandes centros de población en que radican las divisiones de Infantería, y ya prescindiendo de este pie forzado, así como haciendo algún sacrificio, que no puede ser grande si se escoge bien el emplazamiento de estos cuerpos, encontramos fácil el hallar un centro próximo á Valladolid, como, por ejemplo, Burgos, y otro inmediato á Madrid, como Alcalá, donde podrán dedicarse completamente á la instrucción, graduando ésta según las épocas del año, para que la parcial se virifique en buenos picaderos y campos reducidos cuando las mieses estén en pie, y las de conjunto aprovechando los meses en que la mayoría de los campos pueden atravesarse en todas direcciones sin causar perjuicios que deban indemnizarse. No tenemos la pretensión de haber acertado en todo lo que indicamos respecto á distribución de las fuerzas de Caballería hoy existentes, las cuales, aun siendo muy escasas, permiten proyectar algo que tenga apariencia de organización lógica; lo que sí nos propusimos fue demostrar que el abandono completo de la idea de dedicar la Caballería á sus dos cometidos (en cierto modo distintos), sólo porque en nuestro país existen regiones montañosas y porque el número de regimientos es reducido, no tiene fundamento ninguno con carácter militar. Si el género del trabajo lo permitiera, demostraríamos que esta renuncia voluntaria, que priva al Ejército de los elementos tan necesarios para la exploración inmediata, ó sea servicio de seguridad, y la lejana, que es el auxiliar más poderoso con que puede contar el que manda, equivaldría á la pretensión de prescindir por completo de la plazas fuertes construídas ó que en el porvenir se construyan, sólo porque no pueden ser tan completas y formidables como las que ocupan las líneas de defensa de otros países que tienen muchos más recursos que el nuestro. Precisamente para esto había alguna razón más, fundándose en la misma circunstancia de que existen comarcas muy escabrosas, donde una fortificación de tierra, situada en punto elegido con acierto, puede detener un ejército lo mismo que un fuerte permanente de esos que cuestan una porción de millones. Para terminar este punto sin que quede ningún cabo suelto, réstanos ocuparnos en la posibilidad de que los mismos regimientos afectos á las divisiones se reunieran por brigadas ó en mayor número para practicar las exploraciones en grande escala, del mismo modo que los cuerpos de Infantería se instruyen aisladamente y luego se agrupan para las maniobras de conjunto. Esto, que á primera vista parece natural y fácil, no lo es si se considera que los regimientos afectos á las divisiones de Infantería, deben tener una inmediata dependencia del jefe de ella, quien sólo acostumbrándose á disponer en absoluto de sus servicios en el campo de instrucción y estudiando sus necesidades, á la

vez que las facultades que puede desarrollar con la práctica, será como aprenda á conocer hasta qué límite le es dado exigir lo que vió muchas veces con todos sus detalles. El corto tiempo que sirven los soldados, la prolongada instrucción individual que hoy exige la Caballería y la necesidad de aprovechar épocas determinadas para las prácticas, harán que éstas no sean muy frecuentes; y si además va á aprovecharse una parte del tiempo en ensayar todo género de maniobras á las órdenes del general de caballería, quien también tropieza con grandes inconvenientes para buscar días y apoderarse al vuelo de las ocasiones, de nada serviría que ahora proyectáramos en el papel la repartición del tiempo de un modo equitativo, porque no habría la posibilidad de cumplirlo. Las divisiones de Caballería independientes, tienen que serlo en absoluto para la instrucción, y en ello hemos de basar lo que se nos ocurre sobre este servicio, tan nuevo como importante, de la Caballería de los ejércitos modernos.

J. G.

LA EXPEDICIÓN DE STANLEY EN SOCORRO DE EMIN BAJA

I

ORIGEN DE LA EXPEDICIÓN.—SU LLEGADA AL BAJO CONGO.

HASTA la segunda mitad de 1886, Emin *Bej* era apenas conocido fuera de los círculos geográficos y científicos, en los cuales gozaba de gran renombre como naturalista, viajero y explorador de la región del Alto Nilo. Nacido en la Silesia prusiana; educado en Breslau y en Berlín, donde recibió el título de doctor en Medicina, en 1864, Eduardo Schnitzer entró poco después al servicio del sultán, llevando á cabo en esta época largos viajes por la Turquía del Asia. Vuelto á Alemania en 1876, á los pocos meses pasó á Egipto, marchando en seguida á Khartum, y luego á la provincia ecuatorial, acompañando al general Gordon en calidad de médico del Estado Mayor. Al ser nombrado este general gobernador del Sudán, la provincia ecuatorial estaba casi enteramente arruinada por los oficiales del Khedive; enviado allí Emin *Effendi*, con el título de gobernador, no tardó mucho tiempo en hacer renacer la tranquilidad del país, desarrollar la agricultura y aumentar la prosperidad general. Pero á la terminación de 1879, el madhismo comenzó á dar señales de vida; se desarrolló bruscamente la rebelión; el ejército egipcio sufrió desastre tras desastre, y en enero de 1884 Gordon partió para el Sudán en socorro de algunos oficiales ingleses; un año después, el infortunado general sucumbía al propio tiempo que Khartum.

Hasta principios de 1884, Emin no había sido inquietado; pero en previsión de que así fuera, se retiró con sus tropas y almacenes hacia el S., á Vadelai, cerca del Albert Nyanza y junto al Bahr-el-Djebel, brazo del Nilo que sale de aquel lago. A los pocos meses, las provisiones disminuían, iban faltando las municiones y el descontento se propagaba en el ejército de Emin. Vagos rumores, confirmados por el doctor Junker, hacían saber al fin á Europa que Emin

Bajá, bloqueado al N. por las fuerzas del Madhi; al S., por el poderoso rey de Uganda, y en presencia de tropas medio indisciplinadas y de cuya suerte no quería en modo alguno separar la suya, estaba encerrado, sin poder salir, en el centro del continente misterioso. La posición cruel de Emín impresionó fuertemente el espíritu público de Europa, en Inglaterra especialmente, cuya nación tenía una gran parte de responsabilidad, y Sir William Mackinnon se apresuró á organizar una expedición de socorro.

Los 500.000 francos necesarios para la empresa fueron reunidos en breve tiempo, y el comité de socorro, sin dejar de procurarse noticias acerca de cuál sería la mejor vía para libertar á Emín, puso al frente de la expedición á Enrique M. Stanley, tan conocido en todo el mundo por sus viajes á través del Africa, que le hicieron conquistar el primer puesto entre los grandes exploradores modernos.

Stanley se hallaba á la sazón, á fines de 1886, en América, donde debía dar una serie de conferencias acerca de sus últimos viajes, que le hubieran valido mil libras esterlinas. Sin embargo, en cuanto sus planes fueron aceptados por el gobierno inglés y el comité de auxilios, Stanley se embarcó sin pérdida de tiempo con rumbo á Europa, llegando á ella al espirar el año 1886. Puesto de acuerdo con el rey de los belgas, que le ofreció todo lo que pudiese hacerle falta, y con la Junta de socorros, Stanley escogió, para ir en busca de Emín, el camino por el Congo, como siendo el menos impracticable. El de la costa E. y el del Uganda hubieran hecho peligrar la vida de los misioneros que se hallaban en poder del rey Muanga. Después de reunir provisiones de todas clases, fletar buques y escoger el personal de la expedición, entre los innumerables voluntarios que de todas partes acudían pidiendo su inclusión en las listas de expedición, Stanley partió en la tercera semana de enero hacia las costas de Zanzíbar.

El 27 de enero, Stanley desembarcaba en Alejandría y se trasladaba al Cairo, para conferenciar con el Khedive y el Dr. Junker; el 21 de febrero llegaba á Zanzíbar, expedía correos á Emín en varias direcciones y continuaba hacia el Cabo; doblaba la punta meridional el 10 de marzo; ocho días después tocaba en la punta de las Bananas, y, alquilando varios vaporcillos de pequeño calado, transportaba á los expedicionarios y al material hasta Matañi, límite de la navegación por el Bajo Congo. Casi á partir de este momento, Europa careció de toda clase de noticias acerca de Stanley y de sus compañeros, adquiriendo así crédito los rumores que, llegados del continente africano, daban por completamente destruída la caravana de socorro. El 1.º de abril de 1889 se recibió en Inglaterra la primera carta del audaz explorador, seguida, más tarde, de otras que relataban los descubrimientos verificados y las privaciones sufridas en su prodigiosa marcha de las costas del O. á las del E. de Africa, del Congo á las costas de Zanzíbar.

A los nombres de Stanley y de Emín, protagonistas en esta empresa, hay que añadir los del mayor Bartelot y M. Jamesson, ambos caídos en lucha contra la Naturaleza y los indígenas, y los del capitán Nelson, teniente Stairs, doctor Parke, Dr. Bonny, M. Jephson, M. Ward y M. Rose Troup, compañeros de viaje de Enrique M. Stanley.

II

DE YAMBUMBA Á IBUIRI.

A fines de marzo de 1887, la expedición de Stanley, compuesta de nueve europeos, 13 somalís, 61 sudaneses, 3 intérpretes, 620 zanzibaritas y 90 súbditos de Tippu-Tib, emprendía la marcha por la orilla derecha del caudaloso Congo.

Según negociaciones entabladas algunos meses antes, Tippu-Tib debía entrar al servicio del Estado libre del Congo y ceder á Stanley 600 hombres para que le llevaran el material durante la marcha. Este convenio no fué fielmente cumplido por el famoso jefe africano, en vista de lo cual, y á fin de no perder tiempo, Stanley, con la mitad de su gente, se decidió á seguir avanzando, ordenando al mayor Bartelot que, con MM. Jamesson y Bonny, aguardase en Yambumba la llegada de los vasallos de Tippu-Tib y de la gente y material que aun debían incorporarse á la caravana, y se pusiese entonces en marcha á su vez, transportando el material más pesado que no podía conducir la vanguardia de la expedición.

Esta remontó á lo largo del Arouini; siguió el curso del río algún tiempo, y se decidió después á abandonarlo para seguir en línea recta hacia Emín. Sin embargo, las dificultades, no pequeñas, que se habían presentado durante la primera parte de la marcha, aumentaron considerablemente: diez días transcurrieron en exploraciones, completamente infructuosas, para dar con alguna senda usada por los indígenas, viéndose al fin Stanley obligado, á falta de otro mejor, á internarse en un camino abierto por los elefantes en el bosque; á no mucha distancia de la linde, la selva se hacía más espesa cada vez, en tanto que el camino se desvanecía, y así, los exploradores temieron fundadamente extraviarse bajo la espesura; fuerza fué, por consiguiente, abrirse paso hacia el río y avanzar, ya por él, ya á corta distancia de las orillas, no obstante seguir éste una línea excesivamente tortuosa. En los trechos en que las aguas del río se deslizaban tranquilas, los expedicionarios, en una embarcación hecha á propósito y en frágiles piraguas, remaban con todo el vigor que sus fuerzas les permitían, para ganar terreno agua arriba; al llegar á un rápido ó á una catarata, la gente y el material desembarcaba y seguía por tierra hasta que la navegación tornaba á ser fácil; las piraguas eran izadas á lo largo de los rápidos por medio de pértigas y cuerdas, ó se transportaban á brazo cuando la fuerza é impetuosidad de la corriente hacían arriesgadas aquellas operaciones. Aparte de estos ligeros contratiempos y de las continuas escaramuzas con los habitantes de las orillas, la marcha se verificó sin graves contrariedades hasta Muguye, á cuatro jornadas agua abajo de las caídas del Panga (1).

A partir de Muguye, el Arouini cruza un vasto desierto, que se tarda once días en atravesar; los pueblos están muy lejos de las orillas, y sus habitantes

(1) En uno de los próximos números insertaremos un croquis del itinerario seguido por Stanley, á fin de que se comprenda bien la marcha de éste á través del Africa.

perseguían y daban muerte cruelmente á todo el que se apartaba del grueso de la caravana; la comarca, muy pobre, carece casi en absoluto de víveres; escasea el agua, y el sol torna en espejo ardiente la monótona superficie del desierto. Marchando en condiciones tan desfavorables, la expedición de socorro es diezmada; decaen visiblemente las fuerzas de los indígenas; entra el desaliento aun en los más esforzados, y se declara la disentería y una fiebre ulcerosa; en pocos días, 56 hombres perecen ante los rigores de la penuria y del calor, y otros 56, completamente desfallecidos, quedan inhábiles para proseguir adelante.

El 18 de septiembre, en el campamento de Ugarrurua, la tropa de Stanley quedaba reducida á 285 hombres. Hasta el 6 de octubre, la caravana atraviesa una comarca despoblada, devastada por los árabes; en dieciséis días caen ocho hombres para no levantarse más, y 52 gravemente enfermos aumentan el profundo desaliento que reina en los individuos de la expedición. Todo este personal, incapaz por el momento de continuar la marcha, bajo el mando del capitán Nelson, se establece á la orilla del río, en un campo sólidamente atrincherado. Stanley, con el resto de su gente, se aventura entonces por la comarca en busca de provisiones, llegando el 18 de octubre á un establecimiento de los Manyema, con pérdida de otros veintidós hombres. Siete días después se acude en auxilio de Nelson; de los 52 hombres á su cargo, sólo quedaban cinco: los demás habían desertado ó sucumbido á sus sufrimientos. En el largo espacio de treinta días, los expedicionarios se alimentaron sólo de hongos, frutos salvajes y, sobre todo, de una nuez algo parecida á las habas.

El campamento de los Manyemas no mejoró mucho la triste condición de los expedicionarios, que llegaban á él pálidos, demacrados, sin fuerzas y en un estado de desfallecimiento tal, que parecía iban á exhalar el último suspiro. Bien que en las chozas de los salvajes hubiera gran cantidad de provisiones, los astutos indígenas, explotando la situación, exigían un precio crecidísimo por los alimentos; forzados por las circunstancias y á pesar de las amonestaciones de Stanley, su gente se desprendía de las armas, de los cartuchos, de los paquetes y cargas que llevaban, por procurarse una miserable y de todo punto insuficiente alimentación. Fué necesario, pues, reanudar la marcha en breve, dejando provisionalmente los efectos y equipajes en el campamento, por no permitir su transporte la extremada debilidad de los zanzibaritas.

En doce días de marcha, la caravana de Stanley llegó al campamento indígena de Ibuiri, estación muy abundante en toda clase de provisiones, y en donde los viajeros se repusieron de las privaciones y fatigas sufridas en los meses anteriores. Pero ¡cuánto había costado alcanzar este campamento! De los 389 hombres partidos de Yambumba, sólo 174 estaban presentes en Ibuiri; 214 habían muerto ó huído durante una marcha casi continua de más de cuatro meses, á través de una comarca despoblada, pobre, sin recursos y cubierta por un bosque interminable, frondosísimo, que apenas dejaba paso á los rayos del sol. No es de extrañar, por lo tanto, que en cuatro meses de marchas casi seguidas, sólo se hubieran recorrido unos 800 kilómetros, es decir, menos de siete en cada jornada.

El objetivo que se trataba de alcanzar no estaba ya muy lejos; las dificultades más serias quedaban vencidas, ya que al E. de Ibuiri el país es más rico en recursos de toda especie, y el terreno, relativamente despejado, no presenta

grandes irregularidades ni obstáculo á la marcha. Pero después de haber llegado á un punto de etapa tan excelente, de vislumbrar ya próximo el término feliz de la primera parte del viaje, el de llegar hasta Emín, otra preocupación se presentaba á la mente de Stanley: ¿cuál era el paradero del mayor Bartelot, dejado al frente de la retaguardia? Ninguna noticia, en efecto, se tenía de ella, desde que Stanley se separó de Bartelot en Yambumba, y este hecho era más extraño si se tiene en cuenta que el primero había despachado numerosos correos al segundo, dándole cuenta del estado de su tropa é instrucciones para que se internase sin riesgo en las comarcas que tan fatales habían sido para la vanguardia.

J. AVILÉS.

(Continuará.)

CÚPULAS PORTÁTILES PARA ATRINCHERAMIENTOS

DE CAMPAÑA

EN las grandes maniobras que durante el último otoño verificó el ejército alemán en Else (Hannover), se hizo uso de cúpulas portátiles construídas en la fábrica Gruson, con arreglo á planos del mayor Schumann, fallecido poco tiempo há. Emplear en el campo de batalla estos ingenios, sólo destinados hasta ahora á la defensa de plazas, es una idea completamente nueva que ha merecido la atención de toda la prensa militar europea.

Las cúpulas portátiles ó, como se les llama en Alemania, los *ajustes acorazados móviles*, inventados por el mayor Schumann, son conocidas desde hace algunos años; la *Revue du Génie* hizo de ellas, en noviembre y diciembre de 1888, una descripción sumaria. Pero la experiencia á que recientemente se las sometió, da á estos aparatos un interés particular y que puede considerarse como nuevo; los lectores de la REVISTA no encontrarán ociosas las breves líneas que á tales máquinas nos proponemos consagrar.

Las cúpulas ensayadas en las últimas maniobras alemanas montaban cañones de tiro rápido, de 37 y 53 milímetros, fundidos en la fábrica Gruson. Estos cañones, de acero fundido, constan de un tubo y un cuerpo de culata formando manguito, cuyo cuerpo envuelve al tubo en una parte de su longitud. La parte posterior del cuerpo de culata está perforado por una muesca vertical que sirve de alojamiento á la cuña cilindro-prismática de cierre. El movimiento de esta cuña se obtiene por medio de una palanca colocada al costado derecho de la pieza. Para abrir la culata, se levanta la palanca oprimiéndola de abajo á arriba; la cuña baja entonces; el cartucho vacío es proyectado fuera de la recámara, y el ánima de la pieza queda libre para recibir el nuevo cartucho. Bajando la palanca, la cuña vuelve á subir, y, una vez obtenida la obturación, se efectúa el disparo, bien á la mano, bien por medio de botafuego ó bien empleando un disparador colocado en la parte inferior de la culata. Para el fuego rápido, se hace uso de un aparato especial que produce la inflamación de la carga en el momento en que la culata queda cerrada y la cuña en su posición de tiro.

El servicio de los cañones de tiro rápido Gruson en afustes acorazados, no exige más que dos hombres: el uno carga, apunta y da fuego; el otro municióna la pieza.

El cañón de 37 milímetros pesa 37 kilogramos y tira dos clases de proyectiles: la bala ordinaria, de 450 gramos de peso, y la granada, que pesa 500 gramos y contiene 21 balas de plomo endurecido. La carga (80 gramos de pólvora de grano fino) va encerrada en un cartucho de latón sujeto al culote del proyectil. La velocidad del tiro puede alcanzar, en las condiciones más favorables, de 35 á 40 disparos por minuto. En las grandes maniobras del otoño último no ha pasado de 30.

El cañón de 53 milímetros pesa 142 kilogramos y tira cuatro clases de proyectiles: la bala ordinaria (1'630 kilos); la bala de anillos, de igual peso, que consta de un núcleo formado por 9 anillos superpuestos y de una envuelta; cada anillo está dividido en 8 segmentos; el *shrapnel*, del mismo peso, que contiene 56 balas de plomo y va provisto de una espoleta de doble efecto; por último, la granada (1'880 kilos), que contiene 78 balas de plomo. La carga es de 365 gramos de pólvora de grano grueso; va encerrada en un cartucho metálico sujeto al culote del proyectil. La velocidad del tiro es sensiblemente la misma que la del cañón de 37 milímetros.

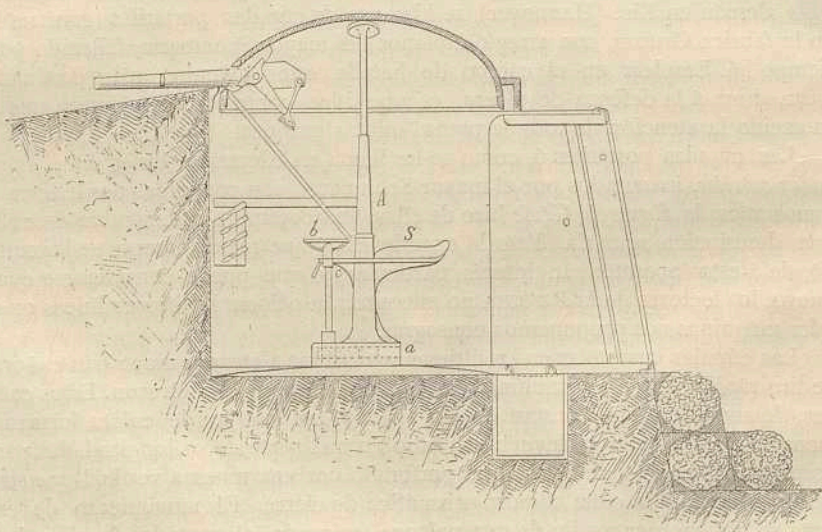


Fig. 1.^a

Esta última pieza ha sido especialmente construída para la cúpula portátil del mayor Schumann. La cúpula tiene la forma de una torre cilíndrica de palastro, cerrada en la parte inferior por un piso metálico y provista de una puerta de entrada (fig. 1). Recubre la torre un techo de acero de 25 milímetros de espesor, en forma de casquete esférico. Este techo es móvil; descansa sobre el brazo de la columna A, cuya extremidad inferior, que forma pivote, puede girar

en una plancha circular *a* de hierro, sujeta al piso, y cuyo contorno es dentado. El movimiento de rotación del techo se obtiene por medio de un volante *b*, en cuyo eje va un piñón dentado que engrana en el contorno de la plancha circular. El eje del volante atraviesa el brazo *c*, incrustado en la base de la columna *A*.

Las muescas de los muñones de la pieza están abiertas á derecha é izquierda de la tronera, y forman cuerpo con el techo acorazado. En el momento del disparo, el techo oscila ligeramente; pero el centro de gravedad del sistema está situado de suerte que el equilibrio se restablece inmediatamente.

El artillero encargado del manejo de la pieza se sienta en el asiento *S*; apunta por la tronera, y cuando no se hace fuego, sustrae ésta al tiro directo del enemigo haciendo girar al techo en un arco de 120° , y observa el terreno exterior por una ventana abierta en el techo. En el interior de la torre hay algunas cajas que contienen 160 proyectiles.

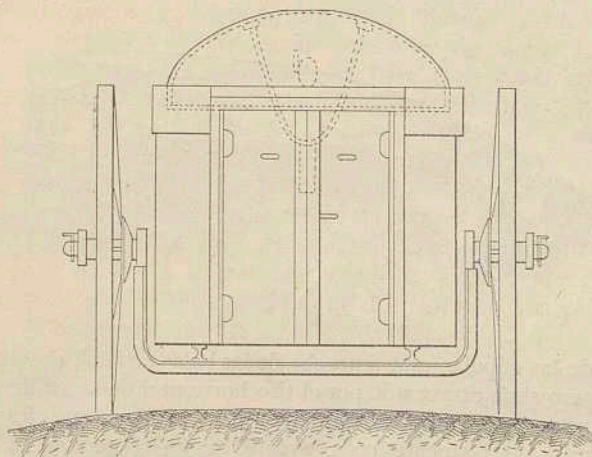


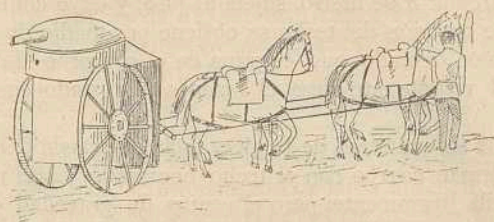
Fig. 2.ª

La pared cilíndrica de la cúpula está reforzada en su parte superior con un anillo de hierro forjado de 25 milímetros de espesor (1).

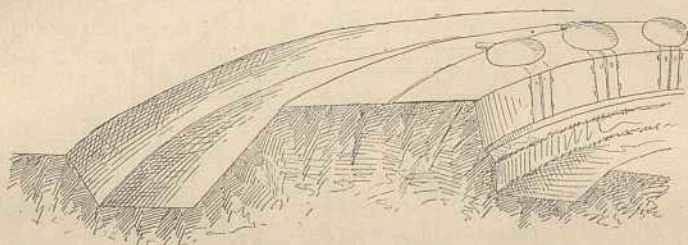
La cúpula acorazada del cañón de 53 milímetros es idéntica, salvo las dimensiones, á la del cañón de 37; el repuesto de municiones no es más que de 130 disparos.

Para el transporte, se colocan las cúpulas en vehículos especialmente contruídos al efecto y tirados por seis caballos. El peso total de los carros es de 1.500 kilogramos para el cañón de 37, y de 2.600 próximamente para el de 53 milímetros (figs. 2 y 3).

(1) Brialmont, *Influencia del tiro parabólico y de las balas-torpedos en la fortificación*, 1888.

Fig. 3.^a

Llegadas las cúpulas á la posición que deben ocupar, se las baja del vehículo de transporte y se las conduce á su emplazamiento de tiro por medio de una rampa de rails que se asienta en el suelo; por último, se las rodea de un montón de tierra, sobre el cual emergen sólo el techo y el cañón, cuidando, por supuesto, de dejar libre la puerta de entrada. Estas operaciones exigen de 20 á 30 hombres (fig. 4).

Fig. 4.^a

El techo de las cúpulas está á prueba de las balas de fusil, *shrapnels* y cascos de granada; pero sería atravesado por el tiro horizontal de la artillería. Esta contingencia es poco temible, porque es muy escaso el blanco que ofrecen para que pueda alcanzarlas directamente un proyectil. Según el general Brialmont, opinaba Schumann que, dando al casquete esférico de acero 30 milímetros de espesor, y 50 milímetros al anillo de hierro forjado, en el sector expuesto al fuego la coraza podría resistir los proyectiles de las piezas de campaña y morteros de 15.

Tales son las cúpulas empleadas en las maniobras imperiales del año último. Si hemos de dar crédito á las indiscreciones de la Prensa, el general de Moltke se ha declarado enemigo decidido de estos ingenios. «Las torres móviles de acero, parece que dijo, son como esas obras maestras de relojería que una no nada descompone, y de que no puede uno servirse mucho tiempo.» Tampoco la artillería dió acerca de ellas dictamen favorable; pero todas las objeciones hubieron de ceder ante la voluntad del Emperador, y el empleo de las cúpulas Schumann en el campo de batalla fué experimentado por primera vez.

No conocemos aún con exactitud las condiciones en que se verificó la experiencia; sabemos sólo que el X cuerpo, mandado por el Emperador, había tomado el 20 de agosto una posición defensiva de 4 kilómetros próximamente de

extensión, y que había cubierto su frente con trincheras-abrigos, espaldones de tierra para la artillería, alambradas y otras defensas accesorias. Las ocho torres acorazadas de que el X cuerpo disponía, estaban colocadas en puntos dominantes, desde donde podían batir el camino probable que seguiría el enemigo para dar el ataque decisivo.

«Se extrañará tal vez, decía la *Militär-Zeitung* del 12 de octubre, vernos emplear en el campo de batalla cañones de tiro rápido, cuando está en la memoria de todos el fracaso de las ametralladoras en 1870. Pero debe tenerse en cuenta que estos cañones, con sus torres acorazadas, son mucho más fáciles de manejar y constituyen un ingenio mucho más serio que los *juguets (spielzeuge)* de aquel tiempo. Por lo demás, su destino es aumentar la intensidad del fuego de la infantería y no la del de la artillería; en estas condiciones, no puede menos de recibirse con gozo su aparición entre nosotros. Esta es una prueba más de que no tenemos ideas preconcebidas, y de que, cuando una cosa parece buena, no dudamos en ensayarla.»

Acerca de este asunto, hizo notar un periódico de Hamburgo, *Les Nouvelles*, que de algún tiempo á esta parte ha disminuído mucho la repugnancia de los alemanes en el empleo de la fortificación del campo de batalla. Es además, dice el periódico citado, una idea absolutamente falsa el rechazar aquella fortificación como contraria al espíritu de la ofensiva. Actualmente, y á causa del perfeccionamiento de las armas de fuego, su uso se impone en absoluto; hasta la fecha, en lo que á la potencia del fuego concierne, había sido imposible dar rápidamente á determinados puntos del campo de batalla tal fuerza defensiva, que se los pudiera reputar inexpugnables. Hoy, las torres acorazadas de Schumann, recientemente experimentadas en Hannover, han resuelto la cuestión. Estos nuevos ingenios prestarán importantes servicios, sobre todo á Alemania, que puede verse en la necesidad de combatir en dos fronteras á la vez, y obligada á mantenerse, en una de ellas por lo menos, á la defensiva durante un período de tiempo quizá bastante largo.

No será ocioso notar, antes de concluir, que esta manera de emplear la fortificación acorazada no es más que la aplicación de las ideas emitidas, hace ya algunos años, por el mayor Scheibert, ideas en que abunda un gran número de oficiales en Alemania; así se explica que el Emperador haya resuelto experimentar las cúpulas Schumann, no obstante la oposición que se les hizo.

¿Qué porvenir está reservado á las cúpulas portátiles Schumann? Una sola experiencia, cuyas condiciones distan mucho de ser conocidas por completo, no basta para decidirlo. Por el momento no podemos hacer más que llamar la atención acerca de este interesante asunto.

(De la *Revue militaire de l'Étranger*.)



SOBRE LA HISTORIA DE LA GUERRA DE CUBA

ALGUNAS CONSIDERACIONES POR EL COMANDANTE CAPITÁN DE ESTADO MAYOR
DON LEOPOLDO BARRIOS

XVII

DEDUCCIONES ORGÁNICAS PARTICULARES.—INGENIERÍA.—ADMINISTRACIÓN.
SANIDAD.—ESTADO MAYOR (1).

Si las deducciones orgánicas que se referían á las tres armas de combate, Infantería, Caballería y Artillería, tenían importancia colosal, no menos la tienen los elementos ó institutos principales, Ingeniería, Administración, Sanidad y Estado Mayor. El primero y el último llegan á presentar verdadera influencia táctica, aun cuando no alcancen la categoría de armas de combate; los otros dos constituyen servicios tan esenciales en la vida de un ejército, que apenas puede concebirse sin ellos, por reducida que sea su cifra. No debería amenguarse el interés y espacio que consagramos á esos institutos; y si en vez de escribir un estudio general sobre las deducciones de la guerra de Cuba, dedicásemos nuestra atención particular al problema orgánico, consagraríamos varios capítulos á los temas que reunidos hemos de presentar en este.

No puedo, sin embargo, proceder con tal ensanche; harto me voy deteniendo, á pesar mío, y es justo que no dilate las jornadas cuando ellas dependen de mi voluntad. Para conseguirlo así, me limitaré en marcar, en los asuntos que van á ser objeto de estos párrafos, las modificaciones cuyo relieve ha señalado la reciente guerra, debiendo entenderse que sólo son rasgos característicos, apenas suficientes á completar la silueta orgánica de los referidos institutos.

Ingeniería.—El brigadier Acosta, en su libro «Compendio histórico del pasado y presente de Cuba», al hablar del cuerpo de Ingenieros dice:—«La fuerza del cuerpo de Ingenieros convendría se aumentase y dedicase exclusivamente á los trabajos de las líneas, construcción de hospitales y fortificación puramente de campaña».—Siento, como otras tantas veces, estar en desacuerdo con jefes conspicuos que forman autoridad en la materia; pero mi lealtad y franqueza obliganme á no disfrazar mi opinión, contraria casi del todo á la de D. Francisco Acosta, que por cierto no la emite con resolución y sí solamente de un modo tímido, escudándose en el tiempo gramatical que los franceses llaman *condicional*.

La fortificación de campaña deben conocerla suficientemente todos los oficiales de las tres armas combatientes; y si esto es rigurosamente exacto en general, mucho más nos parece en la guerra de Cuba, porque hemos visto los esca-

(1) Me he reducido en estas deducciones particulares á los elementos orgánicos principales, pues es claro que, en los secundarios, las modificaciones, si las hay, no merecen fijar nuestra atención.